
Tambaleando Bolos y el Remedio Rechazado



Un ministro predicador y un barbero ateo caminaban juntos por una de las calles de un barrio bajo de la gran ciudad de Chicago. Por todos lados se veía suciedad, pobreza, centros de vicios y esclavitud al pecado. Dijo el barbero:

“Si existiera un Dios, un Dios de amor como lo llaman ustedes, no existiría tanta pobreza, miseria, esclavitud al pecado, y centros de maldad. Un Dios de amor jamás permitiría que tales cosas hubiesen.”

Sin que el predicador dijera nada, siguieron camino. De repente se encontraron con un pobre bolo quien vino tambaleando por la acera. Su cara era sucia y sin rasurarse. Su pelo era largo, enmarañado, sin peinarse y cubrió el cuello de su saco sucio. Era un cuadro de desgracia, descuido y falta de respeto propio. Dijo el ministro:

“Veo que usted de veras no es un buen barbero. De otra manera no habría hombres tales como este pobre infeliz que acabamos de ver.”

Respondió el barbero indignado:

“Pero yo no tengo la culpa. No soy responsable por la mala presentación de este bolo. Si él se presentara a mi peluquería y me permitiera, yo lo cambiaría en un hombre elegante, decente y digno de andar entre la sociedad.”

“Precisamente,” respondió el siervo de Dios. “La razón por la cual la gente de ese barrio es esclava de pecado, sucia, y azotada por los vicios, es que rehúsan a permitir que Cristo les transforme. Él les ofrece su gracia y anhela tenerles por sus hijos nobles y santos. Pero no Lo permiten.”